

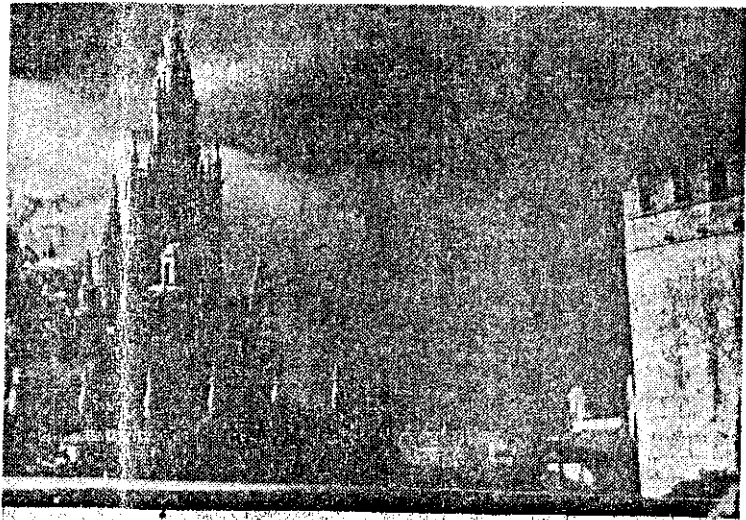
Aquella casa que era como mi casa

Por María Teresa León

(Especial para "El Nacional")

Los lugares donde vamos viviendo se van retrayendo en nuestra memoria, alejándose hacia el deaván de lo vivido, donde melancólicamente se adormecen. En el prodigio que es la memoria quedan a un pequeño choque, albo a desaso acude una ventana, un crepúsculo, una calle, una palabra, una puerta... Una puerta de la calle Ventura Rodríguez, de Madrid, se levantó, de pronto, esta mañana al abrir el periódico y enterarme que Miguel Catalán había muerto. Miguel no había cruzado nunca el umbral de aquella puerta que yo en mi niñez cruzaba diariamente, pero en aquella casa, que era como la mía propia creció Jimena Menéndez Pidal, en tal grado de hermosura que el escultor Julio Antonio, sedado en flor, la reclamó para una de sus obras más bellas. Eso sucedió pasados ya ciertos años de infancia. Durante ella salíamos con Anjalía Goyri, la abuela de Jimena, a pasear a la Moncloa de Madrid o de vacaciones a La Granja y todo estaba empedrado de juego. Cuando regresábamos del aire libre nos recibía la casa, cuajada de libros, coronados por los retratos de los más ilustres ingenios españoles presidiendo las salas del estudio y el silencio. A veces sacábamos un viejo gramófono de cilindro y rescatábamos de él romances, cantados a lo popular, y el agua de amor del viaje de novios de mi tía María Goyri con Ramón Menéndez Pidal, hecho siguiendo la ruta del Cid. Porque aquella casa con muchos balcones, donde los romances resonaban con la vida de las mariposas clavadas, por un alfiler debajo del cristal, era un taller donde se iban cuajando muchas cosas y no la menor el edificio de la gloria de su dueño, el paso de un pensamiento que nos ha colocado frente a la España del Cid, tan parecida a la

de ahora, siempre con tironeos de taifas e invasiones ajenas, mezquindades de unos y generosidades de otros, sufrimientos de todos y grandes vasallos que no encontraron nunca gran señor. Allí también, sobre la mesa camilla de falda roja, se decidió que Jimena fuese a la Institución Libre de Enseñanza, regida por Cossío, mientras la decisión de la otra casa mandaba al Sagrado Corazón de Jesús. También se reunieron allí y comenzaron los trabajos iniciales del Centro de Estudios Históricos de tanto empuje y tanta savia nueva que el pertenecer a él marcaba huella como la imposición de un sacramento. Por aquella puerta entraban y salían sabios extranjeros y he visto cruzarse las juveniles barbas de Américo Castro con las limpias caras de Ernest y Henry Merimée y la nobilísima de Giner de los Ríos. Un día, esa casa quedó atrás, y la puerta se trocó en el porción magizo de la Cuesta del Zarzal 23, centro de un blanco perímetro de muros a los que se asomaban las cabezas cenicientas de los olivos sobrevivientes en el campo de Chamartín de la Rosa, límite de Napoleón al avistar Madrid. El jardín de jaras y cantucos rodeaba una casa a la que María Goyri, erudita en tiempos en que las mujeres no lo eran, había dado su severidad cariñosa. Pocos adornos, pero el sol entraba sin pedir permiso y esta casa y la del pueblecito serrano de San Rafael serán muy comentadas cuando en el futuro los historiadores, los filólogos y los curiosos de lo que fue en su tiempo la vida privada de un sabio, busquen las huellas de Menéndez Pidal. Si existen, deberán ser bibliotecas abiertas, y cuando nadie queda para contar su historia, la vida pasada entre aquellos muros se rasará en los libros de erudición. Los muros eran encajados y simples, iniciando una despojada manera



Alcazar y Giralda. - Sevilla.

de vivir que yo creo vino con la sencillez liberal y laizante de la Institución Libre. Lo que quedaba por las casas del Modern Style y del isabelino y hasta del romántico, con sus sedas, velludillos y damascos, cayó ante la sobriedad de los audaces iniciadores de la época: el Paulac a la Sierra, santificar los domingos bajo los árboles de los alrededores de Madrid, pasearse sin sombrero y desafiar a cabeza descubierta el relente, la lluvia y el sol. Los malos cuadros se fueron a los sótanos y aparecieron reproducciones de pinturas célebres y fotografías de paisajes. Se acentuaba el gusto por la cerámica popular y cierto puritanismo, no muy bien visto en España, siempre barroca de gustos y de sentimientos. Ya se había fundado el Instituto Escuela y María de Maeztu regía la Residencia de Señoritas cuando llegó a Madrid un joven profesor de Física. Su lugar natal era Zaragoza, hablaba con arrebatos, era campeón de skys, desordenaba el aire donde entraba y, al pronto de verlo, no se podía saber si su piel curtida se la daban las facenas del campo o el deporte. Jimena y Miguel Catalán se casaron. Aún no ha-

bia llegado la era interplanetaria, pero ya Miguel Catalán era camidor de ensueños más atrevidos que los de ningún poeta pues, aunque frenada por el cálculo científico la imaginación voladora. Hoy da pena mi ignorancia al no poder seguirlo ni contar sus afanes, porque los escritores nos ahogamos en esas lagunas y nada podemos decirnos de su gran importancia como sabio, de los descubrimientos de este cazador de átomos, de este soñador de prodigios. El Instituto de Física de Madrid, dependiente de la Fundación Rockefeller lo veía entrar todas las mañanas y cuando regresaba a la Cuesta del Zarzal, al lugar silencioso donde se trabajaba uniendo laboriosamente piezas de la Historia de España, entré zumbidos de abejas libando la flora serrana del jardín se producía un fenómeno de explosión alegre, las moléculas del aire se inflamaban de optimismo y ninguno de los que se sentaban a la mesa de Don Ramón dejaban de sentir el otro aire, la brisa de la vida como si dos ventanas al pasado y al futuro establecieran corriente. Por aquel entonces ya la Fama había entrado en la Cuesta del Zarzal por los portones grandes. Carl Vossler y Werner Kraus y Trend y todos los hispanistas franceses y todos los estudiosos que llegaban a Madrid conocían el retiro de Chamartín, que era el del Presidente de la Academia Española de la Lengua. Ya Alfonso Reyes se había marchado a ser embajador y el recordado Enrique Ureña a ser maestro de filología y Amado Alonso sacado billete para Buenos Aires y Solalinde y Angel del Río para Estados Unidos. El pequeño local, pres-

tado por la Biblioteca Nacional a la Junta de Estudios Históricos, se había cambiado en otro mayor, con el nombre de Junta de Ampliación de Estudios, pero donde ya no podía suceder el milagro de hallar un canaleón entre las yerbas sin segar de los papeles de la Biblioteca, cubiertos de la espesa sombra de los muros altos. Todo en España giraba hacia la novedad, a la independencia espiritual, a la disidencia con la monarquía, al renuevo de las costumbres dando pauta a tiempos diferentes. ¡Sí, hubo un pequeño tiempo a la medida de la inteligencial Las mejores generaciones hispánicas volvían la cabeza, tocadas en el hombro por un renacimiento: arquitectura, ciencias, poesía, ensayo, arte, novelística y, sobre todo ello, una forma de vida más cordial, más agavillada, más hombre con hombre... Ese claro día se perdió y a Miguel Catalán, por ejemplo, le juzgaron demasiado inteligente, sacándolo de su peligrosa cátedra de física (está demostrado que todas lo son) y juzgando su aspecto deportivo y libre, lo mandaron a conducir un camión, que él guió entre las llamas de la guerra con su deportiva sonrisa. Así vivió varios años sin poder, se acercar a su cátedra, sin el pasaporte de buena conducta aunque llamado por todas las universidades y reclamado por los centros de investigación física del mundo. Miguel Catalán vivió toda esta etapa difícil como sus colegas de otros países, siempre en la primera línea del ensueño, más allá de los campos de la poesía en pleno trance, discutiendo por los altos dominios incomprensibles

(Continúa en la Pág. 6)

papel literario

EL NACIONAL

(Impreso en los Talleres de "EL NACIONAL")

AQUELLA CASA QUE ERA COMO MI CASA

(Continuación de la 1ª Pág.)

para casi todos los mortales. El año pasado llegó a Buenos Aires a dictar un curso de Física Nuclear. Llamó a nuestra puerta. No había perdido su tez de skiador y agitaba el aire con la misma inquietud juvenil, despertando el interés de los que dormimos otros sueños. Pero ya era un sabio. Rafael olvidó su enfermedad y convinieron que la ciencia jugaba una mala partida a la poesía al oír la explicación de las posibilidades ilimitadas que están aguardando al hombre más allá de las barreras conocidas. El poeta se declaró en quiebra. ¡Oh, que sea tan corto el circuito de la vida! La poesía bajó triste y modestamente los ojos.

Miguel volvió a la casa de la Cuesta del Zarzal. En ella, Jimena. Ya no María Goyri, tan rigurosa, que sólo era tierna y débil ante los galanteos de Lope de Vega, a quien envejecida y ciega disculpaba siempre, trabajando sobre su vida. Pero está Don Ramón, pequeño y rosado, velador amigo de la madrugada, incansable perpetuo, alertado por el menor susurro del bosque de la Historia. Juegan nietos por el jardín donde siempre —me dijo Miguel— liban abejas las matas de cantuesos y romeros, protegidas por los olivos, cada día más viejos. Únicamente no está Diego, el hijo de Jimena y Miguel, profesor en California. Por eso los biznietillos de Don Ramón no espantan mariposas en la Cuesta del Zarzal, con toda la valentía de una estirpe. Ahora tampoco está Miguel. Se ha marchado a comprobar la exactitud, rigurosamente científica, de sus sueños impalpables.